

LEO STRAUSS: LA FILOSOFÍA COMO METAFÍSICA FRENTE A LA HISTORIZACIÓN DE LA FILOSOFÍA

Por CARLOS DANIEL LASA (*)

1. LA FILOSOFÍA COMO METAFÍSICA

Tal como lo señaláramos en otro artículo (1), Strauss desea asegurar la existencia y la práctica de la filosofía. Strauss está convencido, tal como lo demostraron los clásicos, de que una vida auténticamente humana es una vida consagrada a la ciencia, al conocimiento y a su búsqueda (2). En el referido artículo sosteníamos que esta filosofía es concebida por Strauss como metafísica. Ahora bien, ¿en qué sentido es metafísica?, ¿qué concepto tenemos de metafísica para formular esta afirmación?

Ciertamente que Strauss, tal como acertadamente lo refiere Stanley Rosen (3), no sostiene el concepto de una metafísica proveniente de la tradición judeo-cristiana. Dicha postura es refutada por Strauss en su diálogo epistolar con Eric Voegelin, rechazando el concepto de metafísica sostenido por su colega. Para Voegelin, la filosofía es metafísica en tanto la cuestión principal es el *problema de la trascendencia*; de allí que la filosofía llega a su cenit cuando se ordena a la comprensión del misterio de Dios revelado en Cristo. El principio de *todo lo que es* es personal, es un Dios trinitario, creador de la nada y, además, redentor. Para Strauss, esta filosofía, esta metafísica, no es la forma primera de la filosofía, su significado originario (4). Esta metafísica, esta filosofía, que a juicio de Strauss no es tal, podría caracterizarse, según nuestro autor,

(*) Universidad Nacional de Villa María (Argentina) - CONICET.

(1) «La filosofía de Leo Strauss: una experiencia esotérica. Intención y misión», en *Filosofía oggi*, Genova, IV, 2008.

(2) Lettre 37: Strauss a Voegelin, 25 février 1951. En *Foi et philosophique. La correspondance Strauss-Voegelin, 1934-1964*. Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 2004, pág. 108.

(3) Rosen, Stanley, «Politique ou transcendance? Répondre à l'historicisme», en *Foi et philosophique. La correspondance Strauss-Voegelin, 1934-1964, op. cit.*, Paris, pág. 298.

(4) Strauss, Leo, «L'influence réciproque de la théologie et de la philosophie», en *Foi et philosophique. La correspondance Strauss-Voegelin, 1934-1964, op. cit.*, pág. 257.

como «metafísica acabada» (5). Strauss pretende recuperar la auténtica noción de filosofía que se encuentra en los clásicos; y asumir el significado de filosofía de los clásicos equivale a afirmar la metafísica, si por metafísica se entiende la búsqueda racional del *todo* cuyo resultado, lejos de ser la posesión plena del mismo, es la *incertidumbre* (6). Es dado poner de relieve un aspecto fundamental que Strauss rescata de esta actitud filosófica: la misma es un *modo de vida* la cual está animada por una pasión particular que es el deseo filosófico o *eros*. La filosofía es un modo de vida que se define por la búsqueda del conocimiento de las cosas más importantes. O sea, la filosofía, entendida en el sentido original de los griegos, jamás tiene razón de *instrumento*. Refiere Strauss: «La filosofía, entendida en el sentido de instrumento... es perfectamente compatible con todo pensamiento de la vida y, por consiguiente, igualmente con el modo de la vida bíblica. Pero no se trata más de la filosofía en el sentido originario del término... la filosofía ha sido ciertamente privada en la Edad Media cristiana de aquello que la caracteriza como un modo de vida...» (7). En cuanto a este *modo de vida*, Strauss reconoce, con Aristóteles, que la vida más excelsa es la vida filosófica porque es la vida contemplativa. La vida dedicada al entendimiento o a la contemplación que se ocupa de lo divino o del *kósmos* es el modo más elevado de la vida y, en consecuencia, se sitúa por encima de una vida dedicada a la política.

Para nuestro autor, la filosofía comienza preguntándose por el *prôton physei*. La misma filosofía clásica, a juicio de Strauss, se interpreta ella misma como la *ascensión incompleta* del *proteron pros hêmas* hacia el *proteron physei* (8). La búsqueda de la filosofía clásica del *aei ôn* la conduce a una desvalorización de la historia. La historia, para la filosofía clásica, no tiene ninguna importancia por cuanto las cuestiones decisivas y fundamentales están necesariamente ligadas al *aei ôn*. ¿Cuáles son estas cuestiones fundamentales? Son dos: la *archê* o las *archai* y la vida buena o la *aristê politeia* (9); es decir, la cuestión metafísica (entendiendo por metafísica la búsqueda racional de las causas o principios de todas las cosas), y la cuestión político-moral. Strauss, situándose dentro de lo que él denomina la tradición racionalista clásica, o también la tradición socrática, no sólo se separa de la tradición judeo-cristiana sino también de la tradición historicista. Strauss sostiene, al igual que Sócrates, que la filosofía es una sabiduría imperfecta y que, en cuanto filósofo, no puede dar su asentimiento a aquel dato brindado por la revelación puesto que no tiene

(5) *Ibidem*, pág. 258.

(6) Cfr. *Ibidem*, págs. 257-258.

(7) *Ibidem*, 257.

(8) Lettre 35: Strauss à Voegelin): Strauss a Voegelin, 25 février 1951. En *Foi et philosophie. La correspondance Strauss-Voegelin, 1934-1964, op. cit.*, pág. 105.

(9) Cfr. *ibidem*, pág. 105.

carácter de evidencia (10). Sin embargo, no adhiere a la filosofía historicista. Para Strauss: «La búsqueda filosófica de las cosas primeras presupone no solo que esas cosas existan, sino igualmente que permanezcan: en tanto eternas e imperecederas, esas cosas son más plenamente que aquellas que no son ni imperecederas ni eternas. Afirmaciones semejantes se fundan sobre un principio: que ningún ser nace sin una causa, y que, en consecuencia, resulta imposible pensar que “en el principio era el Caos” como si las cosas primeras hubiesen surgido de la nada o a través de la nada. En otras palabras, no podrían existir cambios visibles, si no existiese al menos un elemento permanente y eterno: los seres manifiestamente contingentes requieren la existencia de una cosa necesaria, y por lo tanto, eterna» (11).

La filosofía tendría por objeto, entonces, el conocimiento racional del *todo*, el cual está compuesto por partes heterogéneas. Por eso, comprender el todo supone comprender la esencia de cada una de las partes y la vinculación entre las mismas (12). Pero dado que el hombre no conoce directamente las cosas primeras en sí sino las que son primeras para él, y dicho conocimiento se denomina *opinión*, es preciso hacer un esfuerzo de búsqueda para pasar a conocer las cosas primeras tal como son en sí. El fruto de este conocimiento es el *conocimiento*, el conocimiento propiamente filosófico. Ahora bien, si el hombre comienza conociendo no las cosas primeras como son en sí sino las cosas primeras como son para él, el conocimiento filosófico habrá de partir de la *opinión* para remontarse, desde la misma, al *conocimiento*. Y dado que las opiniones entran en contradicción, el filósofo, mediante la dialéctica (13), se remontará al conocimiento de la naturaleza. Cuando los hombres fueron presa de estas contradicciones y se vieron conducidos a preguntarse por lo justo y lo noble por naturaleza, dieron origen a la filosofía. Por eso Strauss afirma que la filosofía política, en un sentido amplio, es el núcleo de la filosofía (14).

(10) Cfr. Strauss, Leo, «L'influence réciproque de la théologie et de la philosophie», *art. cit.*, pág. 256.

(11) Strauss, Leo, *Diritto naturale e storia*, Genova, il melangolo, 1990, págs. 98-99.

(12) Cfr. Strauss, Leo, *La ciudad y el hombre*, Bs. As., Katz editores, 2006, 1ª edición, pág. 36.

(13) Strauss refiere las dos modalidades de dialéctica empleadas por Sócrates. Cuando Sócrates se enfrentaba a hombres con capacidad de contradecir con inteligencia aplicaba el tipo científico de dialéctica, esto es, aquella dialéctica que era capaz de ir más allá de las opiniones establecidas. En este caso su pregunta favorita era ¿qué es?, pregunta que conducía a una respuesta producto del diálogo con el interlocutor. En cambio, cuando Sócrates se encontraba con hombres que se limitaban a escuchar, entonces no formulaba la pregunta propia de la dialéctica científica sino que avanzaba por medio de opiniones de aceptación general, y así le era posible generar consenso entre los oyentes (cf. «El problema de Sócrates: cinco conferencias», en *El renacimiento del racionalismo político clásico. Leo Strauss*. Selección de ensayos y conferencias e introducción de Thomas L. Pangle. Bs. As., Amorrortu editores, 2007, pág. 218).

(14) Cfr. Strauss, Leo, *La ciudad y el hombre*, *op. cit.*, pág. 37.

Y paradójicamente, desde la filosofía política moderna, como veremos más adelante, se operó la muerte de la filosofía.

2. DE LA IMPOSIBILIDAD DE UNA RELACIÓN ENTRE FILOSOFÍA Y REVELACIÓN

A esta altura de nuestro desarrollo no podemos dejar de preguntarnos acerca de la caracterización de la metafísica judeo-cristiana a la que se hizo referencia, aunque dentro de esta denominación cabría toda metafísica elaborada a la luz de la revelación, e incluso del mito, de acuerdo a la posición de Strauss. Frente a la caracterización de Strauss cabría preguntarse si esta forma de hacer metafísica equivale a la «posesión plena del objeto buscado», excluyéndose de la misma toda incertidumbre. Pero, ¿qué significa poseer incertidumbre frente al objeto buscado?, ¿es incertidumbre respecto de su existencia o es incertidumbre respecto del conocimiento pleno de aquello que es?

La *incertidumbre* de la que habla Strauss no debe entenderse como incertidumbre frente a la existencia del objeto buscado. Nos lo ha dicho claramente, y así lo hemos señalado precedentemente, que hay *cosas primeras* que existen en sí mismas. Pero además, Strauss tiene la certidumbre de que son *inmutables*. De manera tal que la metafísica straussiana tiene certidumbres respecto del objeto buscado por parte de la filosofía, si bien ello no significa afirmar que su mente se identifique con dicho objeto, en cuyo caso, el conocimiento del mismo sería total. Amén de la inmutabilidad, ¿qué otros atributos poseen estas realidades primeras?, ¿cómo son?, ¿qué relación guardan con aquello que cambia?

Cuando Strauss afirma que el todo se conoce por las partes, ¿no está acaso conocimiento la existencia del todo?, ¿no conoce, además, una relación entre el todo y las partes, dado que sólo un conocimiento de estas últimas lo conduciría a un conocimiento del todo? A nuestro juicio, Strauss entiende la filosofía, fundamentalmente, como metafísica, esto es, como una búsqueda racional de las causas o principios de todas las cosas, la cual supone la inteligibilidad en sí de lo real aunque dicha realidad no sea plenamente inteligible para quien busca. Si esta lectura de Strauss no fuese correcta, sería imposible para nuestro autor presentar batalla al terrible mal de Occidente: el historicismo. El mismo Strauss refiere que el descubrimiento de la historia, o sea, el descubrimiento de la historicidad de la vida humana, tal como lo afirman los historicistas, ha conducido a la negación de las premisas que constituyen la base de la filosofía. Señala Strauss: «El significado de ese descubrimiento (se refiere al descubrimiento de la historia) puede ser expresado en proposiciones como éstas: aquello que se llama el Todo es, en realidad, siempre incompleto, y por lo tanto, no es verdaderamente un todo; además, es por esencia tan mutable, que no se

puede prever el futuro del mismo; el Todo en sí no puede ser aferrado, no es inteligible; el pensamiento humano es sustancialmente tributario de algo que no admite ni ser previsto, ni convertirse en objeto, ni de sufrir el dominio del sujeto; “ser”, en la acepción más elevada del término, no puede significar –o al menos no significa necesariamente– ser siempre» (15).

Ahora bien, ¿cuáles son las premisas de la filosofía? Por un lado, la afirmación de la inteligibilidad del todo, y por otro, que el mismo tiene una estructura permanente. La negación de la inteligibilidad del ser y de su inmutabilidad, conducirían a la constitución de una *filosofía del devenir* que se encuentra en la base del historicismo de la modernidad. Precisamente, la negación de estas premisas fundamentales ha conducido a la pérdida definitiva de la filosofía. Strauss reafirmará: «Filosofía es conciencia de la propia ignorancia; pero quien sabe no saber, sabe qué cosa ignora; filosofía es, por lo tanto, la toma de conciencia de los problemas fundamentales y con eso mismo de las fundamentales alternativas que guían las soluciones desde cuando hay un pensamiento humano» (16). Y añade: «En el origen la filosofía era la búsqueda de un orden eterno: y como tal tipo de búsqueda hace al hombre más humano, la filosofía era una fuente pura de inspiraciones y aspiraciones humanas. Pero desde el siglo XVIII en adelante la filosofía se ha convertido en un arma, y por lo tanto, en un instrumento» (17).

Para Strauss, la filosofía no es ni dogmática ni escéptica, y menos aún decisionista, sino *zétética* (= búsqueda, investigación). Refiere Strauss: «La filosofía como tal no es sino genuina consciencia de los problemas, es decir, de problemas fundamentales y abarcadores. Es imposible pensar sobre estos problemas sin inclinarse a una solución (...) Con todo, en tanto no haya sabiduría sino sólo búsqueda de la sabiduría, la evidencia de todas las soluciones es necesariamente menor que la evidencia de los problemas» (18).

Ahora bien, aquel cristiano, judío, musulmán o griego que filosofa a la luz de la revelación, ¿posee en su bolsillo todas las respuestas acerca de todas las cuestiones? Responder afirmativamente supondría sostener que la inteligencia humana coincide con el objeto buscado, lo que equivale a decir que la inteligencia del sujeto que busca es la misma que la del objeto buscado. ¿Sostendría esto un judío, un cristiano o un musulmán? Ciertamente que tal afirmación equivaldría a una blasfemia. ¿La creatura convirtiéndose en el Creador! Este modo de hacer metafísica descrito por Strauss aniquilaría, *ipso facto*, todo vestigio de la revelación en aquel que lo practicara. De allí que sea totalmente

(15) Strauss, Leo, *Diritto naturale e storia, op. cit.*, pág. 38.

(16) *Ibidem*, pág. 39.

(17) *Ibidem*, pág. 41.

(18) Strauss, Leo, «De nuevo sobre el Hierón de Jenofonte», en *Sobre la tiranía. Seguido del debate Strauss-Kojève*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2005, pág. 242.

inexacto caracterizar a una metafísica elaborada a la luz de la revelación como «metafísica acabada».

Pues bien, otra cosa distinta es sostener, como nos parece que hace Strauss, una incompatibilidad esencial entre filosofía y revelación. La incompatibilidad esencial entre ambos términos proviene, a juicio de Strauss, de la presencia —o no— de la *evidencia* en el acto por el medio del cual la inteligencia tiene a algo por verdadero. Y, en este sentido, Strauss llega a afirmar que lo que hacen los filósofos judíos, cristianos o musulmanes no es filosofía, puesto que esta última vive de la evidencia, y el creyente, en cuanto tal, se funda en la autoridad de quien revela. Platón y Aristóteles fueron filósofos porque, a juicio de Strauss, llegaron a probar la existencia de los dioses pero no desde la experiencia y de las costumbres, sino a partir del análisis del movimiento (19). La filosofía y la fe, Atenas y Jerusalén, pues, son términos incompatibles. Y todo filósofo, en cuanto tal, no puede sino vivir de evidencias. Pero entonces, ¿cómo le sería posible vivir, a este filósofo en cuanto hombre, cuando las evidencias resultan ser muy escasas? Seguramente Strauss nos diría que, ciertamente, ese camino humano denominado «filosofía», el modo más excelso de vivir, se caracteriza por abrazar la *pregunta* más que la *respuesta*, y que, precisamente por eso, no puede la filosofía ser el fundamento de la *polis*. De allí que cuando un hombre experimenta la filosofía y los sacrificios que la misma exige, comprende claramente la distinción, propia de todos los filósofos antiguos, entre enseñanza esotérica y enseñanza exotérica (20). A juicio de Strauss fue Lessing «... el último escritor que reveló, aunque ocultándolas, las razones que obligan a los hombres sabios a esconder la verdad: escribió entre líneas el arte de escribir entre líneas» (21). A nuestro juicio, habría que corregir la afirmación referida puesto que el último escritor que se valió del arte de escribir entre líneas fue el mismísimo Strauss.

Strauss se formula una pregunta que pertenece a un horizonte de comprensión propio de un hombre de fe o que, por lo menos, ha participado de la misma. Luego de esforzarse en demostrar la incompatibilidad esencial existente entre la filosofía y la revelación, Strauss se pregunta si no resultará fatal para un hombre desobedecer a la revelación. Y contesta de este modo: si lo fatal consistiera en la condenación eterna, ello no ocurriría si pensáramos que Dios tendría en cuenta aquello que sostuvieron los filósofos del pasado. Ellos, expresa Strauss, estaban absolutamente convencidos de que un Dios sabio no castigaría con la condenación eterna a hombres que se ocuparon de la búsqueda de la verdad (22). Y en una carta dirigida a Gershom Sholem, confie-

(19) Cfr. Lettre 37: Strauss a Voegelin, 25 février 1951, cit., pág. 108.

(20) Cfr. Strauss, Leo, «Enseñanza exotérica», en *El renacimiento del racionalismo político clásico*. Leo Strauss, *op. cit.*, pág. 136.

(21) *Ibidem*, pág. 128.

(22) Cfr. Strauss, Leo, «L'influence réciproque de la théologie et de la philosophie», *art. cit.*, pág. 257.

sa: «... tengo la sensación de que el Jefe no me condenará, porque es un Dios misericordioso y Él sabe mejor que nosotros qué tipos de seres vivientes son necesarios para hacer del mundo un mundo» (23).

3. EL PROCESO DE HISTORIZACIÓN DE LA FILOSOFÍA

Debemos ocuparnos ahora de explicitar el *proceso* que condujo a la historización de la filosofía, el cual, ya lo hemos puesto de manifiesto, ha marcado la parábola que desemboca en su acabamiento. Leo Strauss advierte que, en el siglo XVI, la filosofía política y la filosofía en general, dan un giro hacia la historia. De ahora en más interesa un estudio de la historia, pero es un estudio que se caracteriza por ser metódico (24). Expresa Strauss: «La historia debe servir como material para un nuevo estudio. El material ofrecido por los historiadores debe ser leído metódicamente y tamizado con la mirada puesta en la enseñanza que puede lograrse para el ordenamiento correcto de las acciones humanas» (25). El mayor interés de la filosofía política está centrado, a partir de ese momento, en los *problemas de aplicación*. La preocupación por la física y por la metafísica es reemplazada por la preocupación moral y política. Y ello sucede, según Aristóteles, cuando el hombre comienza a ser considerado como el ser supremo del mundo (26). De ahora en más importa estudiar al hombre no como *debiera ser* sino como *realmente es*. Advierte Strauss que a partir de ese momento se yergue un nuevo ideal de hombre cuya realización no tiene necesidad de trascender la humanidad sino que debe permanecer dentro de la misma, permitiendo que el hombre sea un ser sensible y racional (27).

Si no interesa ya la filosofía, por cuanto la misma considera las esencias universales, entonces se van perdiendo los mismísimos principios universales. Si sólo importan las reglas prácticas, entonces, las mismas podrán extraerse de la *experiencia* histórica. En consecuencia, los principios de las acciones humanas se convertirán en «principios» acotados a un determinado tiempo histórico. En este sentido, el historicismo, «... puede ser definido como una forma de inmanentismo moderno mucho más extremista que la del radicalismo francés de siglo XVIII» (28). Para Strauss, la motivación se muestra de modo claro: ir

(23) Gershom Scholem-Leo Strauss. *Lettere dall'esilio. Carteggio (1933-1973)*. Firenze, Giuntina, 2008. Lettera di Strauss 30 settembre 1973, pág. 243.

(24) Cfr. Strauss, Leo, *La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 2006, pág. 122.

(25) *Ibidem*, pág. 123.

(26) Cfr. *ibidem*, pág. 130.

(27) Cfr. *ibidem*, pág. 132.

(28) Strauss, Leo, *Diritto naturale e storia, op. cit.*, pág. 22.

contra toda idea que sea de *otro* mundo, es decir, contra la trascendencia (29). La afirmación de la trascendencia, anota Strauss, no es privativa de la religión revelada, ya que la misma estaba implícita y tenía una gran importancia y significado en el asunto primario de la filosofía política como búsqueda del orden político natural o mejor. Señala Strauss: «El mejor régimen, como lo entendieron Platón y Aristóteles, es diverso, o se quiere que sea diverso, por lo menos, de aquel que se encuentra en acto *hic et nunc*: está más allá de todos los ordenamientos contingentes» (30).

Pues entonces, si no existe otra instancia más que la de la historia, entonces será ella la insoslayable autoridad suprema. Sin metafísica, sin principios universales, todo principio que se extraiga de la historia y que se imponga como tal resultará, dado su carácter contingente, arbitrario. De allí que el paso lógico sea el de afirmar que, ante la ausencia de criterios universales, sólo quedan los criterios puramente subjetivos, es decir, criterios que sólo se apoyan en la libre elección de cada individuo. A propósito de esto, Strauss se interroga: «Y qué sentido, qué justificación tenía, habiendo venido a menos todo criterio objetivo, distinguir entre elecciones buenas y elecciones malas? *El historicismo terminaba en el nihilismo*» (31).

Este proceso de historización de la filosofía comienza con Maquiavelo, quien es, para Strauss, el creador de la filosofía política moderna (32). En Maquiavelo se opera, a juicio de nuestro autor, un cambio en el significado de la filosofía (33). Maquiavelo reemplaza, en el hombre, la búsqueda de la verdad por el deseo de gloria. Ello conduce al menosprecio de la vida contemplativa. Maquiavelo, en consecuencia, en las antípodas del pensamiento griego para el cual la filosofía trasciende la ciudad, hace de la filosofía un quehacer que permanece encerrado dentro de los límites rigurosos trazados por los intereses de la ciudad. Esto significa que la filosofía deberá ocuparse, de ahora en más, no de la verdad sino de los mejores medios para realizar los fines que la ciudad eventualmente se coloque. Refiere Strauss respecto de Maquiavelo: «Él cumple el paso decisivo hacia una noción de filosofía cuya misión es la de mejorar la condición humana, o de acrecentar el poder del hombre o de guiar al hombre hacia una sociedad racional» (34). La filosofía deberá estar al servicio de esa sociedad racional, esto es, al servicio de la conservación de la vida y de los intereses personales de los ciudadanos. En este sentido, anota Strauss, la caverna (es decir, la ciudad), se ha convertido en la sustancia de la vida

(29) Cfr. *ibidem*, pág. 21.

(30) *Ibidem*, pág. 22.

(31) *Ibidem*, pág. 24. Lo destacado es nuestro.

(32) Cfr. Strauss, Leo, *La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis*, op. cit., pág. 19.

(33) Cfr. Strauss, Leo, *Pensieri su Machiavelli*, Milano, Giuffrè, 1970, pág. 348.

(34) *Ibidem*, pág. 349.

humana (35). Señala nuestro filósofo: «Proveyendo a todos los hombres de los bienes que desean, y haciéndose, de este modo, benefactora de todos los hombres, la filosofía (o ciencia) cesa de ser sospechosa y extraña (...) Para volver a esta expresión de la noción nueva de filosofía que aparece claramente en los libros de Maquiavelo, la filosofía está orientada hacia el modo en que los hombres viven, en lugar de estar orientada hacia el modo en que los hombres debieran vivir» (36).

En el proceso de historización de la filosofía, Strauss le otorga un papel no menos importante a Francis Bacon. Señala Strauss: «La transformación sistemática del interés filosófico que produjo el giro hacia la historia encuentra su expresión más completa en la filosofía de Bacon. Bacon parte de la premisa de que, tanto la filosofía moral como la teoría de la virtud y el deber, habían sido perfectamente elaboradas por la filosofía clásica. En su opinión, el defecto fundamental de la filosofía antigua es que se limita a una descripción de la “naturaleza del bien”, a las “descripciones heroicas de virtud, deber y felicidad” y que ha desatendido la otra parte no menos importante de la moral, “concerniente a la administración y el cultivo (de la mente)”, “la prescripción de reglas acerca de cómo debe someterse, aplicarse y acomodarse la voluntad del hombre (al bien). Precisamente porque Bacon tiene en mente una orientación metódica y científica para la realización y la aplicación del precepto, una serie de temas que la filosofía clásica trató someramente o dejó de lado se vuelve central» (37). Entre los temas «dejados de lado» por la filosofía clásica, Bacon señala la diversidad de caracteres y temperamentos de las naturalezas y disposiciones humanas, las impresiones de la naturaleza que son impuestas a la mente por el sexo, la edad o la región, y aquellas que son causadas por la fortuna exterior, las pasiones, la sabiduría concerniente a la transacción y los negocios, la sabiduría del asesoramiento y del consejo, la fortuna como órgano de virtud y mérito y la aplicación de la justicia. El contenido de todos estos temas nos lo da la historia y, sólo a partir de este conocimiento estamos en condiciones de prescribir recetas para usar en la vida (38).

Pero, ¿no se sitúa Bacon dentro de la tradición clásica en el sentido de comenzar a filosofar por los problemas éticos y políticos? Strauss es categórico en su negativa, la cual expresa en estos términos: «Este giro es causado no por el creciente interés en la pregunta por el bien y por la mejor forma de Estado, sino por el creciente interés en el hombre, el cual se muestra, en el caso de Bacon, por su integración de las disciplinas tradicionales –la lógica, la ética, la

(35) Cfr. *ibidem*, pág. 349.

(36) *Ibidem*, págs. 349-350.

(37) Strauss, Leo, *La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis*, op. cit., págs. 126-127.

(38) Cfr. *ibidem*, pág. 129.

política y la medicina— en una ciencia del hombre; esta ciencia del hombre, como “conocimiento de nosotros mismos, que merece el tratamiento más estricto, por lo mucho que nos concierne”, debe ser distinguida desde ahora como conocimiento “reflejo” del conocimiento “directo” de la naturaleza» (39).

En este amplio proceso consignado, el reemplazo de la filosofía, entendida como metafísica, por parte de la historia, da lugar a la aparición de la nueva «filosofía» política. Esta filosofía, en contraste con la filosofía política tradicional, enseña una moralidad *aplicable*. Refiere Leo Strauss: «El desplazamiento del interés desde el orden eterno hacia el hombre, y por tanto hacia la aplicación, había sido expresado anteriormente, tal como hemos visto, en el giro de la filosofía hacia la historia. Llevado a su conclusión lógica, conduce a la filosofía política de Hobbes. Éste no se limita a preguntar “¿cómo pueden ser cumplidas las normas de la moral tradicional?”. No sólo tiene la intención de justificar las normas tradicionales de un modo más factible de aplicación que el de la filosofía tradicional; él niega en conjunto la aplicabilidad de la moral tradicional, sea de la filosofía antigua o del cristianismo bíblico, o incluso de la virtud aristocrática. Va aún más lejos. No afirma simplemente que Aristóteles no mostró el modo de realización de las normas, sino también que ni siquiera definió correctamente las normas (...) En contraste con la tradición, Hobbes desea “poner como fundamento principios tales que la pasión no desconfíe de ellos, que no pueda intentar desplazarlos (...) desea construir una filosofía política que esté desde el principio en armonía con las pasiones» (40).

Si no existe un orden eterno en la realidad, y absolutamente todo es contingente, de ahora en más el obrar humano carecerá de límites. De allí la aparición de un nuevo imperativo: «hacer todo lo que sea posible hacer». El obrar humano no tendrá, en este nuevo escenario, otro límite más que la factibilidad del hacer. La nueva filosofía, en realidad *epistemología* (validación del conocimiento científico), renuncia a mostrar a los hombres un camino para alcanzar la virtud y evitar el vicio. La nueva filosofía reemplaza a la historia cuando se transforma en una historia, en una historia tipo, otorgándole una nueva función a la historia real, esto es, que la misma testimonie la posibilidad de un progreso ulterior por la percepción del progreso ya realizado. Expresa Strauss refiriéndose a Hobbes: «Su filosofía política se convierte en histórica porque para él el orden no es inmutable, eterno, existente desde el comienzo, sino que es producido sólo al final de un proceso, porque para él el orden no es independiente de la volición humana, sino que es sostenido por ella sola. Por esta razón, *la filosofía política se convierte ahora en una ciencia a priori...* Y por esta razón, la filosofía política ya no tiene la función que tenía en la Antigüedad

(39) *Ibidem*, pág. 131.

(40) *Ibidem*, págs. 143-144.

clásica de hacer presente en la vida política el prototipo eterno e inmutable del Estado perfecto, sino la tarea propiamente moderna de delinear por primera vez el programa de un Estado perfecto esencialmente futuro. La represión de la historia a favor de la filosofía a partir de ahora significa en realidad la represión del pasado —o de lo antiguo, que es una imagen de lo eterno— en favor del futuro» (41).

Leo Strauss describe con total claridad, en el breve párrafo que citaremos a continuación, el «proceso de historización de la filosofía»: «Es por la duda en el orden eterno trascendente por la cual se supuso que la razón humana debía ser guiada y entonces, por la convicción en la impotencia de la razón, se produjo primero el viraje de la filosofía hacia la historia, y luego el proceso de “historización” de la filosofía misma» (42).

El proceso de historización de la filosofía, como ya lo sabemos, ha desembocado en el nihilismo. Y ello como producto del abandono de aquella concepción metafísica de los clásicos quienes sostenían que *Verum est ens*. El pasaje del *verum est ens* al *verum quia factum*, ha concluido en el *verum quia faciendum*. Este último se produce cuando la técnica suplanta a la historia. Y esto sucede porque resulta muy problemático reconstruir, a partir de la historia, lo que el hombre ha hecho. El *factum* es ambiguo y, por lo tanto, exige ser explicado; en realidad, nunca el hombre puede conocer de modo prístino lo que los hombres han hecho. Las interpretaciones sobre un mismo hecho son múltiples y diversas. De allí que el hombre sólo pueda conocer lo repetible, lo que aparece antes sus ojos a través del experimento. De este modo, el futuro aparece como el ámbito en el cual el hombre se entroniza como rey. El futuro depende, totalmente, del querer humano. El futuro, dado que es totalmente controlado por la voluntad humana, resulta absolutamente previsible. La política no escapa a esta lógica. La voluntad humana se vale de un instrumento eficaz en orden a la previsión: la moderna ciencia política. En realidad, la ciencia política no es sino una técnica que permite manejar los asuntos prácticos de la vida de la ciudad. La ciencia política moderna no puede escapar al derrotero seguido por un hombre que, primeramente miraba hacia lo eterno (*verum est ens*); luego, se centró en lo acontecido, en lo pasado (*verum quia factum*); y finalmente, identificó su ser con el por-venir, con el futuro (*verum quia faciendum*). Estos dos últimos momentos han absolutizado el tiempo, intentando, a partir del mismo, dar una respuesta total a las exigencias de la naturaleza humana. Pero este acontecer ha demostrado que tal aventura ha conducido a extraviar el sentido del mismísimo tiempo. El nihilismo imperante da sobrado testimonio de ello.

(41) *Ibidem*, pág. 150. Lo destacado es nuestro.

(42) *Ibidem*, pág. 152.

4. CONCLUSIONES

A continuación deseamos consignar las conclusiones que se desprenden del presente trabajo:

1. Para Strauss, el concepto genuino de filosofía se encuentra en el pensamiento griego. Esta filosofía es mucho más que una disciplina por cuanto es un modo de vida, el cual se define por la búsqueda del conocimiento de las cosas más importantes.

2. En Strauss, la filosofía es concebida como metafísica, lo cual significa, búsqueda racional de la *archê* o de las *archai*. La metafísica, entendida en estos términos, resulta de fundamental importancia para la fundación de una vida buena, de la *aristê politeia* (cuestión político-moral).

3. Todas aquellas filosofías, como sucedió en la Edad Media, que se pretendieron forjar a la luz de la revelación, y que para Strauss pertenecen a la tradición judeo-cristiana, no son propiamente *filosofías*. Para Strauss, la filosofía y la fe son realidades incompatibles. La filosofía se nutre de la evidencia; la fe, de la confianza y de la obediencia. Strauss subraya que el elemento esencial para la filosofía griega es una vida conforme a un entendimiento autónomo (43). Atenas y Jerusalén se conducen por caminos paralelos, si bien ello no significa que se desoigan la una respecto de la otra. Refiere Strauss: «Nadie puede ser a la vez filósofo y teólogo, ni cualquier otra posibilidad que trascienda el conflicto entre la filosofía y teología, elaborando una síntesis de ambas. Pero cada uno de nosotros puede ser, y debe ser, o uno o el otro, el filósofo abierto al reto de la teología o el teólogo abierto al desafío de la filosofía» (44).

4. Strauss ha calificado a la metafísica elaborada a la luz de la revelación como «metafísica acabada». En consecuencia, esta metafísica negaría, a juicio de Strauss, el carácter de «incertidumbre» propio de la genuina filosofía. Hemos puesto de manifiesto la inexactitud de la afirmación straussiana dado que, tanto la filosofía elaborada a la luz de la revelación divina como la que propugna Strauss, se mueven dentro de un ámbito de certidumbres e incertidumbres. Ciertamente, esta realidad es propia de la condición humana.

5. La filosofía elaborada en la modernidad ha soslayado la filosofía tal como la pensaron los griegos. Así, la filosofía ha terminado convirtiéndose en historia y, con ello, la verdad y su búsqueda se han volatilizado del mundo de los hombres. Este historicismo ha conducido al nihilismo en el que, con evidentes dificultades, moramos. En este sentido, más allá de algunas tesis que no

(43) Cfr. Strauss, Leo, *¿Progreso o retorno?*, Bs. As., Paidós, 2005, pág. 176.

(44) *Ibidem*, pág. 212.

compartimos de Strauss (fundamentalmente la de la separación entre la filosofía y la revelación divina), sin embargo no podemos dejar de valorar su testimonio en favor de una filosofía que, reconociendo un orden eterno del ser, enseña al hombre contemporáneo que del nihilismo podrá salir si es capaz de encontrar un fundamento del tiempo en lo eterno. Sólo así le será posible encontrar pleno sentido a su ser y a todo lo que hace en el tiempo. Strauss es una valiosa voz que recuerda al hombre de nuestro tiempo el *verum est ens*.